CAPITULO III.

De la tierra y padres y nacimiento de la Madre Teresa de Jesus.

La Madre Teresa de Jesus fué llamada doña Teresa de Ahumada, hasta que fundó el primero de sus Monasterios, que fué San José de Avila, y desde entonces se comenzó á llamar Teresa de Jesus, profesando con el nombre lo que ella tenia en su corazon, que era no ser ya ni del mundo, ni de los suyos, ni suya, sino toda de Jesus, á quien con todo su corazon se entregaba. A cuya imitacion sus hijas todas con el hábito de la santa religion, toman un nuevo sobrenombre, ó de Jesus ó de alguno de los que mas sirvieron á Jesus, segun su devocion, y dejan el de su linaje, por esclarecido que sea, y el don que tenian en el siglo. Y aunque pasaron algunos años antes que se llamase Teresa de Jesus, desde el principio la llamaremos así, pues ella quiso mas este nombre que el primero. Este nombre de Teresa ni es griego ni latino, como algunos piensan, sino propio de España, y antiguo como Elvira, Sancha, Urraca y otros semejantes. Cada provincia, si lo miramos, hallaremos que tiene nombres propios suyos no usados en otras, que quedaron de santos naturales de aquellas tierras. De esta manera han quedado en España Sancho, Gutierrez, García, Mendo, Alonso, Hernando y otros, que se hallan algunos de ellos en el cánon de la misma mozárabe, que antiguamente se decia en España, y

los nombraban entre los demás santos. Ansí pienso yo que Teresa fué nombre de alguna santa de España, y puede ser haber sido aquella hija del rey don Bermudo, de quien escribe el Arzobispo don Rodrigo en el libro cuarto de las Cosas de España, en el capítulo diez y siete. Dice allí, que don Alonso, rey de Leon, hijo del rey don Bermudo, tuvo una hermana llamada doña Teresa (el cual nombre, los que escriben en latin dicen Tarasia), y á esta contra toda su voluntad la casó con Abdalla, rey de Toledo, con esperanza que le ayudaria contra el rey de Córdoba. Y no queriendo ella consentir por ninguna via que el moro la tocase, y amenazándole con que si porfiaba en su desatinado intento, seria castigado por el Señor, á quien ella servia, la hizo fuerza, y luego le hirió un ángel de tal manera, que viéndose muy cercano á la muerte, la envió muy bien acompañada y con muchas riquezas á Leon, donde ella, metiéndose monja, vivió mucho tiempo santamente, y despues se pasó al Monasterio de san Pedro, donde murió y fué enterrada. Fué la Madre Teresa de Jesus natural de Avila, ciudad muy noble y muy antigua y bien conocida entre las de Castilla la Vieja, y de aquí adelante lo será mucho mas por haber en ella nacido y crecido esta tan dichosa planta, que pareciendo al principio tan pequeñita, vá ya estendiendo sus ramos por toda España, y fuera de ella los ha comenzado á estender por Génova, y llega aun á las Indias, y pasará muy presto, como se espera en nuestro Señor, mas adelante. Nació en las casas de sus padres, que están enfrente de santo Domingo, junto á santa Escolástica, y ahora las ha comprado don Diego de Bracamonte, y metido en su mayorazgo, las cuales yo he visto y la pieza donde la santa nació, y otras junto á ella donde durmió mas de quince años. Y si el dueño que es ahora de estas casas las estima en lo que ellas merecen, en estas dos piezas habia de hacer un oratorio, donde se conservase la memoria de este hecho, y atreveríame yo á asegurarle que no perderia nada con esta devocion, sino por ventura por ella vendria la bendicion de Dios sobre los que en ella viviesen ahora y despues. Su nacimiento fué miércoles á 28 de

marzo, víspera de san Bartoldo, confesor, de su órden, año de 1515, reinando en los reinos de Castilla doña Juana, madre del emperador don Cárlos, y gobernando por ella su padre el rey Católico don Fernando, presidiendo en la silla de san Pedro Leon X, y siendo emperador Maximiliano, abuelo del emperador don Cárlos, dos años antes que el maldito Lutero comenzase á levantarse contra la Iglesia. Cosa bien conveniente á la divina Providencia, para que como aquel habia de sacar las monjas de su encerramiento, naciese antes esta santa, por cuyo medio viniesen en todas partes tantas á encerrarse y consagrarse á Dios. Fué nacida por entrambas partes de noble linaje: su padre se llamó Alonso Sanchez de Cepeda, hijo de Juan Sanchez de Toledo y de Inés de Cepeda, y este lo fué de Alonso Sanchez de Toledo y de Teresa Sanchez. Su madre se llamó doña Beatriz de Ahumada, hija de Mateo de Ahumada, de los Ahumadas, que es uno de los antiguos y nobles linajes de Avila, como tambien el de los Tapias, de que era su madre doña Juana de Tapia. Lo dicho de los abuelos y bisabuelos se ha sacado de una antigua ejecutoria de su nobleza, que por ser tan cierta y manifiesta, con no haber sido de Avila Alonso Sanchez de Toledo, sino haber venido de fuera, casó todos sus hijos con gente muy noble y principal de aquella ciudad y de buenas dotes. Los Cepedas son de los de Tordesillas, cuya nobleza es conocida. Casóse Alonso Sanchez dos veces, la primera con doña Catalina del Peso, de quien tuvo una hija llamada doña María de Cepeda. La segunda con doña Beatriz de Ahumada, y juntáronse bien los dos, porque como eran nobles en linaje, lo fueron tambien en virtudes, como se les pareció bien en los hijos que tuvieron, que fueron ocho ó nueve, y el tercero fué la madre Teresa de Jesus, siendo su madre tan moza, que no tenia entonces sino veinte y un años, y de los demás viven hoy algunos.

CAPITULO IV.

De la niñez y crianza de la Madre Teresa de Jesus.

Porque no faltase nada á la Madre Teresa de Jesus para llegar á la santidad á que llegó, proveyóla el Señor de padres tan buenos, que con el buen ejemplo y cuidado de ellos lo comenzó ella á ser desde muy pequeña. Su madre era honestísima, y con ser harto hermosa, jamás dió ocasion para que se pensase que ella hacia caso de su hermosura, porque con morir de treinta y tres años, se trataba como mujer de mucha edad. Su padre tambien era en gran manera honesto y muy piadoso, y á quien nadie oyó jurar ni murmurar. Era muy aficionado á leer en muy buenos libros, y así los tenia en su casa para que sus hijos los leyesen. Tenia gran cuidado de hacerles rezar y procuraba mucho fuesen devotos de Nuestra Señora y de otros santos. Por este medio de los buenos libros y de la devocion en que su padre la ponia, la comenzó Nuestro Señor á tocar el corazon y atraerla á sí, siendo ella no mas que de seis á siete años. Juntábase con uno de sus hermanos, que se llamaba Rodrigo de Cepeda, y murió despues en las Indias en el Rio de la Plata, siendo capitan de la gente que allá iba; de quien despues la santa Madre solia decir que le tenia por mártir, porque habia muerto en defensa de la fé. A este queria mas que á los otros, porque eran casi iguales y nacieron en un mismo mes y dia; pero él cuatro años antes que ella, como

parece por el libro en que su padre escribia los nacimientos de sus hijos; y leian con mucho gusto las vidas de los santos. Encendíase su corazon leyendo los martirios de algunos de ellos, y juzgaba la niña con luz que recebia de Dios, que compraban aquellos santos muy barato el ir á gozar de Dios, por mas que padeciesen, y deseaba ella morir así, por ganar lo que ellos habian ganado. Y porque aun desde entonces tenia mucho ánimo, y era muy determinada para las cosas de Dios, no se contentó con solos deseos, sino comenzó á tratar luego con su hermano Rodrigo qué medio habria para poner por obra aquel deseo y alcanzar luego una muerte tan gloriosa. En fin, lo tomó tan de veras, que tomando alguna cosilla para comer se salió con su hermano de casa de su padre, determinados los dos de ir á tierra de moros, donde les cortasen las cabezas por Jesucristo. Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el rio que pasa por Avila, se fueron por la puente adelante, hasta que un tio suyo los encontró y los volvió á su casa con harto contento de su madre, que los hacia buscar por todas partes con mucha tristeza y con miedo no hubiesen caido en una noria de casa y ahogádose. El niño se escusaba con decir que su hermana le habia hecho tomar aquel camino. Poníales á los dos mucho espanto lo que leian en los libros, que la gloria y la pena habia de ser para siempre, y trataban de esto muchos ratos, y en este *para siempre* se detenian repitiéndolo muchas veces con mucho gusto: para siempre, para siempre, para siempre. Con esta consideracion tan platicada entre ellos, la imprimió el Señor en su corazon un deseo grande de caminar por el camino que iba á dar á la gloria que habia de durar para siempre. Viendo que no era posible ir á donde alcanzase la corona del martirio, para lo cual ella sentia en sí gran ánimo y deseo, ordenaba que los dos fuesen ermitaños, y en la huerta que habia en casa procuraban como ellos podian, hacer ermitas, no como los otros niños suelen por via de juego ó entretenimiento suyo, sino para recojerse á la soledad en ellas; mas luego se les caian, y así no hallaban remedio en nada para

su deseo, porque no era llegado el tiempo en que las habia ella de hacer mayores y mas firmes, poniendo en los pueblos la santidad y manera de vivir que los antiguos ermitaños y Padres guardaron en los desiertos del monte Carmelo. Buscaba cuanto podia la soledad para rezar sus devociones, que eran hartas, y especialmente el Rosario de Nuestra Señora, porque su madre era muy devota de él, y hacia á sus hijos que le rezasen. Tenia particular devocion con aquel paso del Evangelio, cuando estaba Jesucristo Nuestro Señor al pozo hablando con la Samaritana, y tenia siempre en su aposento esta imágen con una letra que decia: *Domine, da mihi aquam*, que es en romance: Señor, dadme agua; y sin saber ella el gran bien que pedia, suplicaba muchas veces al Señor que la diese de aquel agua viva, y dábala gusto grande en esto, como quien despues la habia de dar á beber tanto de aquel agua celestial. Y así la tuvo siempre en la memoria, y en lo que dejó escrito se aprovechó mucho de ella para declarar grandes cosas de la oracion. Limosna hacia cuanta podia. Cuando jugaba con otras niñas, gustaba mucho de hacer monasterios, mostrando ya el Señor por allí á quien lo pudiera entender, los que despues á tanta gloria suya y de su Santísima Madre habia de fundar. Hacia como que era ya monja, y deseaba ya serlo, aunque no con tantas veras como lo del martirio y de la vida solitaria. En estas cosas pasaba por entonces su vida, hasta que doña Beatriz, su madre, murió, quedando de edad de casi doce años. Entonces, sintiendo la falta de tal madre, y estando muy afligida, púsose delante de una imágen de Nuestra Señora, y con muchas lágrimas la suplicó, que pues habia quedado sin madre, ella lo fuese de allí adelante y la recibiese por su hija. Díjolo á tan buen tiempo y con tan buen corazon, que la valió y la recibió esta piadosísima Señora por su hija, como despues lo vió ella muy claramente en todas sus necesidades, y todo el mundo lo ha visto en las grandezas que Dios obró por ella, por la intercesion de su Santísima Madre.

CAPITULO V.

De cómo vinieron á estragarse estos buenos principios, y cómo la sacó el Señor de los peligros en que andaba.

Grande envidia tenia el demonio de tan buenos principios, porque conocia en ella un escelente natural tan inclinado de suyo á virtud, un muy capaz y claro ingenio, gran cordura y reposo, ánimo para emprender grandes cosas, industria y maña para acabarlas, perseverancia y fortaleza para no se cansar en ellas, y tanta fuerza y gracia en hablar, que si la dejaba echar raices en la virtud, podria fácilmente ganar muchas almas para Dios. Viendo esto, parecióle que convenia estorbar los bienes que aquellas partes tan aventajadas prometian, y puso su diligencia en estragar con el mal uso de ellos los dones naturales que Dios habia puesto en ella, pareciéndole que era buena la ocasion de haber ella quedado en tan tierna edad sin madre. Esto procuró por dos vias. La primera fué, haciéndola leer libros de caballerías, que es una de sus invenciones, con que ha echado á perder muchas almas recogidas y honestas, porque en casas á donde no se dá entrada á mujeres perdidas y destruidoras en la castidad, hartas veces no se niega á estos libros que hombres vanos con alguna agudeza de entendimiento y con mala voluntad, han compuesto para dar armas al enemigo nuestro, y suelen hacer disimuladamente el mal que aquellas ayudadoras

de Satanás por ventura no hicieran. Dióse, pues, á estos libros de caballería, sino de vanidades, con gran gusto, y gastaba en ellos mucho tiempo; y como su ingenio era tan escelente, así bebió aquel lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de caballerías con sus aventuras y ficciones, y salió tal, que habia harto que decir de él. Sacó de este estudio la ganancia que se suele sacar, aunque ella no sacó tanto mal como otros, porque el Señor, que la tenia guardada para tan grandes cosas, no la dejaba de la mano sino poco. Comenzó á traer galas y olores, y curar sus cabellos y manos, y desear parecer bien, aunque no con mala intencion, ni deseando jamás ser ocasion á nadie de ofender á Dios. Y aunque su curiosidad en estas y otras semejantes vanidades era grande, no hacia cosa que pensase entonces que era pecado. La segunda via por donde el ardid del envidioso enemigo la acometió, fué una con que él á personas de mas años y de mas ejercicio en la virtud, ha derribado muchas veces, que es malas compañías. Entraban en su casa unos primos hermanos suyos, casi de su edad, metidos ya en vanidades, y platicaban con ella de estas cosas, y ella los oia, y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba la plática y los entretenia. Pero mucho mas mal la hizo una parienta suya, que á pesar de su padre entraba allí, porque por ser tan liviana, él no quisiera que entrara en su casa, y por ser tan parienta, no se la podia negar la entrada. Esta y otra compañera, tal como ella, que tenia, que comenzaron á tratar con ella, siendo de edad de catorce años ó poco mas, la iban poco á poco haciendo semejante á sí, y la hicieron olvidar el temor de Dios y meterse en locuras y aficiones y conversaciones peligrosas, aunque nunca fué aficionada á mucho mal, como ella lo dejó escrito. Y dióla el Señor dos cosas para que no peligrase ó se perdiese aquí, como quien tanto cuidado tenia de ella: la una es un natural aborrecimiento, que siempre tuvo á toda deshonestidad y torpeza: la segunda un temor grande de perder su honra, que la fueron un muy recio, pero muy provechoso freno. Y aunque ella (como para

todo tenia gran maña) buscaba mil invenciones para que su padre no sintiese sus tratos, ni su honra corriese en riesgo, no pudo tanto que él no tuviese alguna sospecha y su buen nombre alguna nota. En esta sazon andaba muy contento el enemigo y prometíase cosas mayores. Pero aquel gran Señor, que no la tenia olvidada, y que tantas cosas habia de hacer por ella para engrandecer su gloria, sacóle la presa de las manos cuando él menos pensaba, y habiendo andado en aquellas vanidades no mas que tres meses, dió con ella en el Monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de la órden del glorioso Padre san Agustin, donde se criaban personas semejantes, para que allí estuviese por seglar. Aunque aun antes de esto el Señor miraba tanto por ella, que ya ella al cabo andaba cansada, y cuando hacia algun pecado, veníala un temor grande de Dios, y procuraba de confesarse presto. Aquí la tornó el Señor á sí, y como casi todo el daño habia venido á aquella alma, hasta entonces purísima, por mala compañía, así quiso que el bien la viniese por la buena de una sierva de Dios que habia en el Monasterio, con cuya compañía y palabras comenzó á echar de sí las malas costumbres y volverse á las buenas que primero tenia: perdió la enemistad que habia cobrado á ser monja, y comenzó á poner su pensamiento y deseo en los bienes eternos; rezaba muchas oraciones y pedia á todos que la encomendasen á Dios, é íbase siempre mejorando, aunque no deseaba del todo ser monja. No desistió el enemigo de su antigua porfía por verla puesta en este Monasterio: allá dentro la tentaba con pensamientos, y por fuera con recaudos que hacia la enviasen; mas como no habia lugar, presto se acabó todo esto, y se cortó por entonces el hilo de las vanas esperanzas que tenia. En este Monasterio estuvo año y medio, hasta que por una grave enfermedad que la dió, la fué forzoso volverse á casa de su padre.

CAPITULO VI.

De cómo tomó el hábito de Nuestra Señora del Cármen, é hizo profesion.

Estando ya buena de esta enfermedad, la llevaron á una aldea donde vivia su hermana doña María de Cepeda, para estarse con ella algunos dias; y pasando por otra que se llamaba Hortigosa, y está cuatro leguas de Avila, donde á la sazon vivia un hermano de su padre, viudo, llamado Pedro Sanchez de Cepeda, detúvose con él allí algunos dias, y ayudóla mucho su buena y santa conversacion, porque la hacia leer libros devotos, de quien ella no gustaba mucho, pero leíalos por hacerle á él placer, y en pocos dias vino con esto á ir entendiendo la verdad, que en la niñez imprimió el Señor en su corazon, que todo era nada, y se acababa en un punto, é íbase mas inclinando á ser monja, que nunca lo podia acabar del todo consigo. En esto estuvo consigo como en batalla tres meses forzándose á sí misma con esta razon: que no podian ser mayores los trabajos de la religion que los del purgatorio; y que pues ella habia merecido el infierno, no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio. Leia en este tiempo mucho en las Epístolas de san Gerónimo, y ayudáronla de suerte que se resolvió en ser monja, y lo trató con su padre, con quien por ninguna via lo pudo acabar, porque la amaba tiernamente mas que á ninguno de sus hijos. Ella, que

tenia ya esperiencia de cuán poco debia fiar de sí, y alguna tambien de lo que era el mundo, como para todo lo que emprendia tenia gran ánimo, determina el ponerse en salvo y hacer de hecho; y un dia muy de mañana, que fué á 2 de noviembre, dia de la Conmemoracion de las Animas, año de 1535, siendo de edad de veinte años y siete meses, sin dar cuenta á nadie, mas de á Antonio de Ahumada, su hermano, que la acompañó, sale de casa de su padre y váse derecha á meterse monja á la Encarnacion, Monasterio principal de Avila, de la órden de Nuestra Señora del Cármen. A este su hermano habia ella persuadido aquellos dias antes en que se andaba determinando, que dejase el mundo y entrase en religion, y era bien, pues habia de ayudar á tantas almas á ir al cielo, lo comenzase tan temprano. Así que los dos juntos salieron para la religion, aunque no con igual ventura. Ella se quedó en la Encarnacion, y él se fué de allí al Monasterio de santo Tomás, de la órden del glorioso santo Domingo, á pedir el hábito. No le recibieron allí entonces hasta saber la voluntad de su padre, con quien aquellos Padres tenian amistad. Despues entró en la órden del bienaventurado san Gerónimo, y siendo novicio vino á enfermar de manera que no pudo perseverar. Volvamos á nuestra novicia, á quien el Señor cada dia iba mejorando y dando señales manifiestas de lo mucho que la amaba. Al principio habíase aficionado á este Monasterio, por tener allí una monja á quien ella queria mucho, que se llamaba Juana Suarez, la cual se ayudó harto de su amistad, como á su tiempo diremos; pero al tiempo que lo puso por obra, ya estaba tan bien dispuesta, que fuera muy de gana á cualquiera donde ella pensara servir mas á Dios, porque mas cuenta tenia con el remedio de su alma, que con el regalo ó descanso de su cuerpo. Salió de la casa del padre terreno á la del celestial con una contradiccion tan grande de su alma, y con un dolor y sentimiento tan estraño, que la parecia cada hueso se le apartaba de su parte, y que era mayor que si el alma se le apartara de su cuerpo. Pero con la gracia del Señor, y con la grandeza y generosidad de su corazon,

venció la tierna doncella aquella dura y áspera batalla, y con gran determinacion se entró por el Monasterio, y pidió el hábito con tanta disimulacion y con tantas veras, que nadie hubo que pensase sino que le deseaba mucho. Luego el Señor (que no está esperando sino que nos determinemos á cosas dificultosas de su servicio, para mostrar en nosotros sus misericordias), la dió una alegría tan grande de haber escogido aquel estado, que jamás despues en su vida la faltó. Mudóse luego la sequedad de su alma en grandísima ternura, y el gusto de las cosas del mundo en gusto grande de las de la religion, y en ver que estaba ya libre de aquellas tan penosas vanidades, no cabia de placer. Con todo eso no la dejó Dios de ejercitar bien aquel año en cosas que, aunque en sí no eran pesadas, á ella la desasosegaban y afligian harto. Mas cada dia iba mostrando mas el Señor no haber ella venido á aquella casa y religion acaso, sino por órden maravillosa de su Providencia, para que se cumpliese lo que antes estaba profetizado. Contábase entonces que hartos años antes habia entrado allí un zahorí á buscar tesoros (que está este Monasterio en el campo, poco apartado de la ciudad), y andando por una parte y por otra de la casa, descubrió con ojos de profeta otro mayor tesoro que los que él buscaba con ojos de zahorí: y dijo que en ella habia haber una santa que se llamase Teresa. Otros atribuyeron esta profecía á una monja sierva de Dios, que hubo al principio de su fundacion en aquella casa, y puede ser que lo dijesen entrambos, para que en boca de dos testigos estuviese aquella tan verdadera palabra. El haber habido esta profecía, es cosa cierta, porque la Madre, como era tan graciosa, solía riéndose decir á otra monja que entonces habia de su nombre, si habia de ser alguna de ellas aquella santa que decian. Así pasó su año de noviciado con muchas enfermedades en el cuerpo, pero con gran contento y alegría en su alma, y al cabo de él hizo su profesion. Aunque á ese tiempo fué combatida fuertemente del demonio, y sintió en hacerla una tan grande dificultad, que para encarecer mucho lo que en una habia sentido, dijo que jamás en cosa sintió tanta en su vida, ni

en el hacer profesion, sino fué cuando salió de casa de su padre á ser monja, como adelante se dirá. Mas con toda esta contradiccion de su carne, prevaleció en ella tanto la gracia, que la hizo con corazon alegre y muy determinado, entregándose con toda su alma por esposa de aquel gran Señor, que con tan poderosa mano la habia sacado de las vanidades y engaños y peligros en que algun tiempo habia andado.

CAPITULO VII.

De las enfermedades que tuvo, y cómo sanó de ellas, y cómo volvió á la vanidades primeras y dejó la oracion, y despues volvió á ella.

Las enfermedades iban creciendo, tenia desmayos y gran mal de corazon, y otros muchos males, con que muchas veces se quedaba sin sentido; y no bastando los médicos de Avila para el remedio de ellos, su padre, que tanto la amaba, la sacó del Monasterio en compañía de aquella monja amiga suya para llevarla á un lugar que se llamaba Becedas, donde habia una mujer que curaba muchas enfermedades, y estuvo entonces casi fuera un año. Ella salió al principio del invierno, y porque la cura no se habia de comenzar hasta principios del verano, estúvose este tiempo en un lugar que estaba en el camino que se dice Castellanos de la Cañada, en casa de doña María de Cepeda, su hermana, que hubo su padre de doña Catalina del Peso, su primera mujer, y estaba casada con Martin de Guzman Barrientos, y entrambos, pero particularmente doña María, la querian mucho.

Allí la comenzó nuestro Señor á poner en oracion, teniendo ella por maestro un libro que su tio la habia dado, que es el tercero abecedario de Osuna, y dióla luego la oracion que llaman de quietud, y aun algunas veces la llegaba á la union sin entender ella lo uno ni lo otro. Y porque (como he dicho) en las cosas que la Madre Teresa de Jesus escribió en el libro de su